

## Sendino se muere

*Sendino se muere*, es un libro bello y edificante, conmovedor, sereno y, a veces, inquietante. Es la última obra publicada por Pablo d'Ors en Fragmenta Editorial. El texto nos abre a tres mundos. Son unos mundos amplios, ricos, profundos. El *mundo de la enfermedad*, el mundo de *la escritura*, el mundo del *sacerdocio*. En consecuencia, tres tipos de lectores, por lo menos, pueden gozar, ampliar, enriquecer sus mundos, y ser mejores con su lectura: los enfermos y médicos, las personas con inquietudes religiosas (creyentes, agnósticos, ateos), los escritores y lectores.

En cada uno de estos mundos se establecen relaciones recíprocas: la relación medico-enfermo, la de sacerdote-fiel, la de escritor-lector. En efecto, los personajes implicados en esta historia son una enferma herida por un cáncer que es médico, y un sacerdote que es escritor y “trabaja” como capellán en un hospital. Es el testigo excepcional de esta enfermedad mortal y narrador de la historia. Los tres mundos que indicamos tienen algo importante en común que los envuelve, orienta y trasciende: **el impulso vocacional**.

De forma natural se unen en Sendino la vocación de médico y la de creyente. “Ser cristiano y médico ha sido para mí el mismo y único movimiento. No puedo concebir mi fe sin el ejercicio de mi profesión”, 74 decía en su diario. Su profesión era un medio para transmitir “de forma directa y elocuente el consuelo de Dios”. Y el narrador como un eco afirma “Buscaba ser médico hasta el final. Buscaba ser fiel a su vocación”, 41. Y más tarde, “vivía su enfermedad como un ministerio”. De forma pues, natural, gozosa, se unificaban las dos vocaciones, mejor dicho “se identificaban”. No había conflicto. El ser médico quedaba trascendido y elevado por la fe. Por eso “su mayor miedo” era que el sufrimiento la alejara de Dios. “Que la intensidad de mi sufrimiento me tiente a no alabar a Dios y a no dar gracias a su nombre Porque si la enfermedad me alejara de Dios “¿para qué y a quien serviría” p. 57. No puede afirmarse de una manera más clara el **sentido trascendente de una vocación**. Al leer estas palabras, recordé a Teresa de Calcuta. También ella confiesa que la motivación más profunda de su acción –cuidar e iluminar las vidas dolientes- era servir a su Señor.

Decíamos que en cada uno de esos mundos había correlaciones. La doctora vive su enfermedad “desde la otra orilla”, dejándose ayudar. Así recorre el circuito completo.

El mundo del sacerdocio y de la escritura se nos abre de la mano del narrador que, como ocurre en Proust, también es protagonista. Así se pone en juego una doble identidad que confluye en él. Pero, en este caso, una tenue y fresca sombra de conflicto matiza la relación entre las dos. En una ocasión, el autor dijo que se sentía atraído por dos vocaciones “a cual mas

voraz” refiriéndose a ellas. Yo diría que son dos vocaciones con dedicación “a tiempo completo”, y que, difícilmente, se puede servir a las dos con la misma intensidad. Tal vez habría que establecer prioridades y, en cierto modo, jerarquizarlas. Pero ocurre lo mismo con la vocación filosófica, la social, etc., todas las que analiza Spranger. Y las que no analiza. En personalidades muy ricas, suelen unificarse diversos amores o filías. A veces entran en conflicto: fe o razón; belleza o bondad, como se plantea el protagonista de la novela de Proust; teoría o praxis, como esboza Platón en la carta 7ª. Y así sucesivamente. Es el grave problema del orden trascendental en el que no podemos entrar ahora. Pues bien, en este librito tan bello y edificante, como decíamos, se llega a una armonía “casi perfecta” entre *ser* sacerdote y *ser* escritor.

“Casi”. La realidad y grandeza espiritual de Sendino, su ejemplaridad, nos llega gracias a la expresión en plenitud que la palabra creadora del narrador hace de ella. “*Sendino se muere*”, es ante todo un *texto*. Pero su transparencia nos remite sin mediación a la contemplación de una vida que se califica de “santa”. Sí, todo lo que en este libro se *dice* está al servicio del *mostrar*. Pero el decir configura lo mostrado hasta el límite de desaparecer dejando espacio a esos momentos de silencio adecuados a la presencia de Dios.

Quisiera insistir en la armonía entre las dos vocaciones presente en el “documento”. Es curioso cómo en el cielo el narrador se ve siendo escritor, esa es la *identidad que proyecta*. Desde allí, cuida que lo que se escriba sobre él sea correcto y bien escrito (“...diré: “Ahí falta una coma, eso hay que decirlo al revés, quita ese adverbio, ¡eso no lo cuentes, por favor!, y así sucesivamente”, 40); curioso, cómo a medida que escribe va comprendiendo y queriendo más a Sendino (“Cuanto más escribo sobre Sendino, más me parece comprenderla y quererla”, 42) Y continua que no se puede dejar de querer a *quien escribe* en su diario unas impresionantes palabras que cita a continuación. Es el otro aspecto correlativo: el de lector. La escritura de la doctora le muestra, a él que es escritor, la presencia de un Dios amoroso en el rostro de los amigos. Y sobre todo le abre al “silencio religioso”, espacio “en el que las palabras –aun las más bellas- solo pueden profanar”, 42. En fin, es la recreación poética, la palabra escrita - la de él, la de ella- la que más le acercan afectivamente a la enferma. La proximidad a Proust no puede ser mayor pues “el verdadero juicio final” es para el autor de la *Recherche*, “una bella frase”.

Abundando en el tema, el autor nos da la clave en una entrevista. “Todos mis libros son fruto del impulso de la imaginación, éste es casi de encargo”. El encuentro con Sendino pone en juego su propia vocación, pues se siente interpelado y conmovido en su “interior”. De forma confesional, después de presentar a Sendino, el narrador nos muestra cómo se sentía antes de entrar en la habitación, cómo era recibido por ella -justo

por ser ministro de su Señor-, cómo fingía aplomo, cómo se achicaba junto con la sillita en la que se sentaba y cómo, en fin, se intercambian los papeles: ya no es él quien evangeliza, sino el evangelizado, “los pobres nos evangelizan”. Es la cima “de la experiencia sacerdotal por excelencia”. De este modo también él se deja ayudar. En esa página ejemplar, la palabra del narrador brilla con la inocencia de la palabra creadora: la “sillita” donde se sitúa y la gran confesión de su debilidad conmueven al lector. “La palabra de Dios siempre me ha escocado, seguramente por la dolorosa inadecuación entre lo que Ella me pide y lo que yo estoy dispuesto a dar ...”, 20.

Y, después, la identificación del narrador con los enfermos y la multiplicación de su “yo” en los diferentes rostros dolientes, incluido el de Sendino. Y es que los enfermos ponen ante él “un espejo”, en todos y cada uno de ellos, en su diversidad, ve siempre el mismo rostro, el suyo propio, “el mío, siempre el mío”, 20. De nuevo, el recuerdo de Teresa de Calcuta para quien, en el dolor de los más pobres, veía el rostro sufriente de Cristo, su amado.

Muchos son los moribundos que han pasado “ante mis ojos y por mis manos sacerdotales”, nos confiesa el narrador. “Ninguno como Sendino”, una vida ejemplar. Y él va a ser testigo privilegiado del proceso de enfermedad terminal y muerte de la doctora. A partir de un momento, su relación, sus visitas a la 305-D, “tuvieron la doble connotación religioso-literaria”,18. El autor expresa de maravilla esa armonía uniendo las dos palabras con un guión. Desde entonces, después de la proximidad con su Señor en la plegaria, lo que más le importaba a la enferma era su libro. El narrador le ayudó y prometió publicarlo si ella no podía terminarlo.

“Este libro nace de un compromiso pastoral y personal”, p.31. No es fruto de un mero encargo, sino de *una promesa*, en la que se implica el ser sacerdote y el ser persona del narrador-autor. Por eso, no es motivo de sorpresa sino de un profundo gozo constatar cómo las cualidades del escritor que es el autor, Pablo d’Ors - su inagotable capacidad de observación, su minucioso despliegue analítico, su modo de construir un párrafo y enlazarlo con el siguiente, su cuidado en mecer al lector en el desarrollo de una idea, su léxico, su amoroso juego con las palabras, en fin - se muestren con el mayor esplendor. No podía faltar tampoco el sentido del humor que irrumpe en la risa del médico –niño y la doctora y estalla en carcajadas ante las cosquillas de la exploración. Porque este autor, sin duda, dedica el mayor esmero en elaborar sus textos hasta en los más mínimos detalles.

Así, es una maravilla la presentación de Sendino: el análisis se centra en tres aspectos: su cuerpo enfermo pero siempre subrayando la “compostura”, su modo de hablar y su espiritualidad. A su vez, cada aspecto es desgranado con una serie de adjetivos complementarios que van matizando la realidad a medida que la rodean: la firmeza y flexibilidad, la

mirada, la sonrisa, las manos y la feminidad natural. Y después la síntesis magistral que recoge todo lo anterior. “Así pues, el cuerpo de Sendino era femenino, pero asexuado, elegante sin afectación, flexible pero no amorfo, terso pero no rígido”,<sup>16</sup>. Podemos decir que la mirada amorosa del sacerdote y escritor convergen en la delicada expresión de un cuerpo dolorido llevándolo al esplendor de su belleza.

Desde ese momento, la relación es *colaboración* entre la enferma-escritora y el cura de almas-lector en un interesante cambio de papeles y cruce de espejos. De este modo, el lector participa en una maduración progresiva y crecimiento mutuo de los dos protagonistas. El proceso de “apagamiento físico” de la enferma crea un ámbito en el que las virtudes de Sendino, paradójicamente “brillaban más”. Esta relación duró poco porque la doctora murió sin poder terminar su Diario.

Pero el documento-testimonio no podía terminar ahí. La misma pregunta que se había hecho lo enferma por el sentido de su vida entregada la repite el narrador bajo la forma del *olvido*. El lugar de estas preguntas sobre el *sentido último* de la vida y la muerte vividas en plenitud es el funeral de Sendino. La idea, ante el cuerpo presente, de que todo podía borrarse en el olvido “torturó” al escritor que también era sacerdote. Escuchando “los cantos de la misa” se preguntaba “¿Es esto lo que esta vida ha podido dar? Esta vida, ¿no puede generar ya más vida?”, 54-55 Y continúa la confesión de sus sentimientos, “le asustan” la “espantosa brevedad de los duelos”, la prisa tan frecuente en olvidar. Y cierra este episodio expresando la soledad en que quedan los muertos en la cámara mortuoria. Y una petición, tan humana, expresada a una amiga, que más de un lector puede compartir “Cuando yo muera, no dejéis mi cadáver solo toda la noche”, 55.

Antes de terminar nosotros podíamos preguntarnos, ¿Eso es todo? ¿Así termina el libro? De ningún modo: al final nos espera un nuevo juego de desdoblamiento tan querido por el autor: el narrador se pregunta si habrá comprendido el misterio de Sendino o solamente es un objeto de escritura que como escritor “ensancha”. A esa pregunta responde con su experiencia de los enfermos” en 4 aspectos: que son un misterio, que en ellos le espera Dios, que cada uno tiene un nombre propio y, cómo no, que cada nombre “es siempre el suyo”. Extenuado, pues, con tanta gravedad de realidad, el narrador deja que su ser sacerdote se “diluya” como *personaje* en la levedad del ser y vuelva a ser en el mundo exterior, en la calle, “uno más”. Perdida, aplazada, dejada en intermitencia esa identidad sacerdotal respira en el anonimato (“me doy por fin el gusto de no ver tanto a Dios y de ser finalmente uno más”,<sup>76</sup>). Pero las intermitencias del corazón dejan espacio a la continuidad: el personaje que es escritor-sacerdote retorna. Unifica su desdoblamiento recogándose con la mirada de Sendino conservada en su corazón. Pues todo lo narrado, que es también vivido

(charlas, visitas y el cuaderno mismo que escribió siguiendo sus “notas”) “justifican”, su “presencia como sacerdote en un hospital”, 77.

A nosotros, lectores, nos deja una frase de aliento “La verdad es que siempre se puede un poco más...”,77. A los creyentes, la esperanza de que en el cielo, ante Dios, podemos presentar como credencial que conocimos almas grandes. Por eso concluye el narrador-sacerdote (¿autor?) con unas palabras que diría al presentarse ante el Padre: “Yo conocí a Sendino”.

Así, hemos llegado al final de ese viaje que es un texto escrito. Todo viaje, como la lectura, amplía enriquece y profundiza la experiencia. “*Sendino se muere*” es un viaje arriesgado, siempre gozoso y maravilloso ... como la vida misma. Por eso, además de recomendar el libro a los habitantes de los tres mundos que indicaba al principio, -de la enfermedad, del sacerdocio, de la escritura- es recomendable a los amantes de viajar. Seguro que volverán transformados